

tro la mentira de que el Papa permitía, en Cuaremas, los espectáculos teatrales; y también que no dejen sin respuesta este artículo, que hartó la reclama, pues no es de perderse la ocasión de llamarnos *intolerantes, virulentos, enemigos, de la civilización, apasionados de la Edad media y de las torturas de la Inquisición*; y de repetir y contar una vez más *los crímenes de los Papas, los abusos del sacerdocio y la corrupción de la Corte Romana*; y de volver á decir, entre himnos cantados á la libertad, que ha caído para siempre el Poder temporal de los Papas, saboreando el estéril consuelo de decir muchas veces que ha muerto, para calmar los serios temores de verle resucitado.

Basta por ahora.

Queda probado que los católicos somos impostores.



Otra protesta contra la invasión de Roma

OTRO de los Venerables Obispos del Perú ha levantado su autorizada voz para protestar, en presencia de su pueblo, contra el sacrilego atentado, que tiene de duelo á la Iglesia Universal y que ha llevado en triunfo la abominación de la desolación á la ciudad santa.

Porque, en la nefanda usurpación del patrimonio de San Pedro, no solo tenemos que deplorar la consumación de un gran crimen contra el derecho público de las naciones y de la Iglesia, sino también el establecimiento del reinado del mal, cuyo inspirador es Satán y cuyos agentes, más ó menos iniciados en el terrible misterio, son los revolucionarios de toda especie, rango y condición, en el sagrado suelo, que limpiaron con su sangre de las manchas de la idolatría los mártires del Cristianismo, y en el cual estableció el Pontificado, como principio fundamental de todo orden, la soberanía social de Nuestro Señor Jesucristo.

Por esta razón, los ultrajes que la impiedad revolucionaria hace en Roma á la fe cristiana hieren á los católicos del Universo entero. Que la fe sea escarnecida en París, en Viena ó en Madrid, sensible y deplorable será; pero el mundo no se alarmará por ello: que lo sea en Roma; que alguien ose mirar, siquiera, el Arca San-

ta que encierra el tesoro de nuestra fe, y se conmoverá el mundo; y de un extremo á otro de la tierra se levantará una voz unánime, que clame anatema contra el sacrilegio. Y esto sucede, porque Roma es la cabeza y el corazón de este inmenso cuerpo social que se llama el Catolicismo. Esto explica también el empeño que la Revolución pone en arrancar de Roma la fe de Jesucristo. Poco se inquieta por la extraordinaria propagación de la fe en los países infieles y por las numerosas conversiones operadas por el apostolado católico, en el seno del protestantismo; sabe que estos frutos desaparecerán inevitablemente, si se paraliza el curso de la savia vivificadora que tiene su fuente en Roma. No se mata un árbol, cortando las ramas, sino aplicando la segur á la raíz; y la Revolución sabe muy bien que este árbol frondoso del Catolicismo, que extiende sus ramas á Oriente y á Occidente, al Setentrion y al Mediodía, dando abrigo á la humanidad entera, tiene prendidas sus raíces seculares en la roca inmortal de la Cátedra Apostólica.

De aquí la universal protesta contra la invasión de Roma, que no cesará, sino que será más viva y más enérgica, mientras el Soberano Pontífice no sea restituido al pleno goce de todos sus derechos.

El Perú comienza ya á sentir, á pesar de su inmensa distancia del teatro de los sucesos, todo el horror que inspira el inaudito crimen de que es víctima el Padre común de todos los cristianos.

A la enérgica protesta del Venerable Metropolitano ha seguido la del Illmo. y Reverendísimo señor Obispo de Arequipa, y la de los católicos de aquella noble ciudad. Muy pronto nos harán escuchar su voz pastoral otros Venerables Prelados y asistiremos también al espectáculo conmovedor que presentan los pueblos, cuando se levantan en actitud pacífica para decir so-

lemnemente que no aceptan la injusticia y que reprueban la iniquidad.

Pero, no basta protestar contra el crimen; es preciso, además, elevar humildes plegarias hasta el trono del Dios misericordioso y justiciero, que prueba á su Iglesia, pero que no la abandona; que hace como quien duerme, mientras arrecia la tempestad, porque quiere ser despertado por el clamor de la oración. A nuestras protestas contra el triunfo del mal, deben acompañar nuestras fervorosas súplicas para que llegue, cuanto antes, el suspirado día del reinado social de Jesucristo, por el ministerio de su Iglesia y de sus Vicarios en la tierra.

Y no es bastante que protestemos y que oremos; es necesario, también, que cumplamos con el deber filial de aliviar, en alguna manera, la augusta y envidiable pobreza del Soberano Pontífice: augusta, sí; porque está realzada por la sobrehumana grandeza de su ministerio y por el brillo de sus virtudes personales: envidiable, sí, porque no ha querido que el dinero de la iniquidad manchase las arcas, en que depositaban sus limosnas los católicos del mundo y de donde supo sacarlas la mano sacrílega de la Revolución.

Estas limosnas, ordenadas ya en Lima y Arequipa, crecerán á medida de las necesidades de nuestro Supremo Pastor y de la actividad y celo de los encargados de colectarlas; pues, en cuanto á la piedad filial de los católicos del Perú, sabemos muy bien que será digna de su fe y de su acendrado amor al inmortal Pontífice que gobierna la Iglesia.

Protestas, limosnas y oraciones: hé aquí la misión de los católicos, en las difíciles circunstancias que atraviesa el Pontificado; hé aquí lo que exige de nosotros, en la presente crisis, nuestra madre la Iglesia, por la autorizada voz de nuestros venerables pastores.

Con nuestras protestas, cumpliremos nuestro deber de católicos, en presencia de los hombres, no temiendo, para reprobarnos la iniquidad y la injusticia, ni las burlas, ni los sarcasmos, ni los furiosos de la Revolución; con nuestras oraciones, cumpliremos nuestro deber, en presencia de Dios, cuya misericordia quiere ser vencida con el poder de nuestras súplicas; con nuestras limosnas, cumpliremos nuestro deber de hijos, en presencia de nuestro Padre, que sufre hoy la cautividad y la miseria, por defender nuestros derechos y nuestra fe.

Al fin, no lo dudemos, nuestra protesta, hoy pacífica, llegará á ser formidable y forzará á los enemigos del Pontificado á retroceder, en el camino de su ruina; nuestras oraciones desarmarán, por lo multiplicadas, fervorosas y perseverantes, el brazo justiciero de Dios, que nos aflige para nuestro remedio: y con nuestras limosnas, llevaremos un consuelo al atribulado corazón de nuestro Padre, que se ve rodeado de tantas necesidades y sin los medios de satisfacerlas.



¡Un milagro en el siglo XIX!

ESTE lema, entre dos admiraciones, pronunciado con cierto aire de la tímida ironía, será la exclamación de los espíritus fuertes de hoy, cuando lean la relación, que hace el R. P. General de los Dominicos, del prodigio acontecido en el Santuario de Soriano, en la Calabria, el 15 de setiembre de 1870.

Antes de ahora, habíamos tenido noticia del extraordinario suceso; pero, fieles imitadores de las prudentes reservas de la Iglesia, nos habíamos abstenido, hasta de publicar la simple noticia de lo acontecido.

Hoy, tenemos á la vista y publicamos en la sección correspondiente, un documento auténtico, que no deja lugar á duda alguna, porque satisface las exigencias de la crítica más severa.

Trátase de un prodigio que ha durado por espacio de hora y media, que ha sido observado por más de dos mil personas, que ha sido sometido á diversas y repetidas experiencias, que ha sido sustraído de todas las influencias reales ó fantásticas de causas extrañas naturales, y que, por último, ha sido declarado bajo juramento, en un instrumento público, por treinta testigos oculares de lo más respetable del país.

El extraordinario suceso á que nos referimos es la actitud tomada por la célebre estatua de Santo Domin-

go de Guzmán, que se venera en el Santuario de Soriano, ya respecto del pueblo congregado en el templo, ya respecto de una imagen de la Virgen del Rosario. Por los gestos y movimientos de la estatua del Santo, podía conjeturarse los afectos y las ideas que expresaba, pues no llegó á escucharse ninguna palabra ni sonido.

Á pesar del carácter de verosimilitud que dan á este hecho extraordinario los documentos que lo acreditan, sin embargo, no merece el obsequio de nuestra entera fe, mientras no sea examinado, discutido y aprobado por la autoridad de la Iglesia, porque no tenemos, nosotros los católicos, esa credulidad vulgar que nos atribuye la impiedad de la época.

Creemos que, en el siglo XIX, no ha retirado Dios á su inmaculada Esposa la Iglesia católica, la potestad de hacer milagros, en su nombre y con su autoridad; potestad que le fue dada inmediatamente por Jesucristo, cuando, señalando á los verdaderos creyentes, dijo: "En mi nombre, arrojarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán en sus manos las serpientes, no les dañará el veneno, si lo tomaren, impondrán sus sus manos sobre los enfermos y serán salvos." El siglo XIX de la era cristiana no ha sido excluido del goce de estos carismas celestiales. Numerosos ejemplos podríamos presentar, garantizados con el irrecusable testimonio de millares de personas, y juzgados por la crítica de la ciencia más adelantada; pero esto no daría un átomo de fe á la generación incrédula que, teniendo cansados los ojos de mirar prodigios, repite siempre la insensata demanda de los judíos á Jesús: "Maestro, queremos verte hacer un prodigio."

Los que extrañan ó niegan la realización de milagros en el siglo XIX injurian á la omnipotencia de Dios, suponiendo que el siglo en que vivimos se encuentre fuera del alcance de esa mirada divina, que comprende todos los siglos, en el presente de su eternidad


y abarca todos los espacios, en su inmensidad infinita.

Mas, una vez reconocida la posibilidad de los milagros y la realidad de aquellos que se encuentran bien probados, cada uno es libre de negar su fe, como cristiano, á cualesquiera hechos extraordinarios, mientras no recaiga sobre ellos el irrecusable testimonio de un juicio supremo de la Iglesia.

Á este número pertenece el prodigio que nos ha sugerido estas reflexiones.

No obstante, atendiendo al número y calidad de los testigos que deponen en su favor, á las circunstancias que lo rodearon y á la gravedad é importancia, que le han atribuido personas tan respetables, como el Ordinario de Soriano y el Padre general de la orden Dominicana, no nos parece indigno del asentimiento de una razón imparcial, ya que la lógica más exigente no pide otras condiciones para abonar el criterio del testimonio humano, como principio de certidumbre.





La Obra de la Propagación de la Fe

ENTRE los funestos resultados de la desastrosa guerra que encendió en Europa la política de Napoleón III, figura en primer término el detrimento notable que han sufrido las instituciones católicas del mundo, que tan generoso favor recibían de la piedad y celo de la Francia.

A la calamidad de la guerra sobrevino otra calamidad inmensa, que pesa hoy con implacable rigor sobre todas las conciencias católicas: hablamos de la sacrilega invasión de Roma y de la dura cautividad del Pontífice.

Ultrajada la dignidad del Papa, vinculada la libertad de su ministerio apostólico y entorpecido el movimiento católico de Francia, no tanto por los horrores de una guerra sangrienta, cuanto por la deplorable serie de desastres é infortunios que han pesado sobre ella, fácil es comprender las dolorosas pruebas á que estarán sometidas las muchísimas obras católicas, que Roma animaba con su espíritu, confortaba con sus bendiciones y mantenía, con su alta dirección, y que la Francia, con más largueza que las otras naciones católicas, favorecía y auxiliaba con el dinero, con el trabajo y con la sangre de sus hijos.

La santa obra de la Propagación de la Fe, la prin-

cial y más vasta entre todas, es, indudablemente, la que más ha sufrido.

Alimentada únicamente con las erogaciones voluntarias de la cristiandad, háse visto gravemente perjudicada por la falta de una gran parte de las cuantiosas limosnas de los católicos franceses, que produce un gran *déficit* en su registro del año pasado, por las dificultades con que ha tropezado el Directorio general, situado en el teatro mismo de la guerra, y por los obstáculos que la revolución italiana ha opuesto al ministerio apostólico del Pontífice y á su libre comunicación con los católicos del mundo.

En tal estado de cosas, el Presidente del Consejo Central ha dirigido una circular á todos los fieles, por medio de sus respectivos corresponsales, en la que, después de pintar un cuadro lastimoso de la obra, hace un nuevo llamamiento á la caridad de los cristianos.

En la sección correspondiente hallarán nuestros lectores este documento.

Deber nuestro es secundar las piadosas intenciones y los laudables esfuerzos del Consejo Central, excitando, por nuestra parte, con todo el calor de nuestro corazón católico, la caridad de los fieles de nuestro país en favor de tan santa obra.

La propagación de la fe es la obra principal del catolicismo. Predicar la fe de Jesucristo á todas las gentes, llevar la buena nueva á las más apartadas regiones del universo, iluminar con las claridades evangélicas á los que viven en tinieblas y yacen en las sombras de la muerte; he aquí una parte fundamental y esencialísima de la grandiosa misión que recibió la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo y que solo terminará cuando suene la última hora y cese de latir el último corazón de un hijo de Adán.


En favor de esta obra, se implora hoy nuestra caridad.

¡Cómo mostrarnos indiferentes á este llamamiento hecho á nuestra fe y á nuestra piedad, en nombre de la gloria de Dios y de la salvación de nuestros hermanos!

Y si en diferentes ocasiones hemos sido generosos para aliviar los sufrimientos causados por calamidades físicas, no olvidemos que se trata hoy de la infortunada suerte de millares de almas, cuyos horizontes no ha alumbrado todavía el sol de la verdad, ó cuya fe naciente está expuesta al peligro de sucumbir. Y considere cada cual, el pobre y el rico, que el uno con su óbolo y el otro con una oblación generosa, pueden abrir las puertas del cielo á una alma por la que Jesucristo derramó su sangre y murió en una cruz: piense, además, que no ha de ser vana la sublime oración que decimos cada día: *Santificado sea tu nombre: venga á nos tu reino*; y no olvide, por último, que, por las secretas y misteriosas relaciones que la oración y la reversibilidad de los méritos establecen entre las almas, deba quizá su eterna salvación á un pobre infiel hecho hijo de Dios y heredero de su gloria, con el auxilio de sus limosnas.

No necesitamos agregar una palabra más.





La protesta de Arequipa contra la invasión de Roma

EL *Nacional* del sábado 25 de febrero del presente año, en su revista para el extranjero, creyó que debía dar cuenta de la protesta formulada por los católicos de Arequipa contra la invasión de Roma, y lo hizo en los siguientes términos:

“ Los miembros de una Sociedad católica formada en Arequipa han suscrito una acta, protestando de la abolición del poder temporal del Papa y contra la invasión de Roma por las tropas italianas.

Teniendo en consideración que el Catolicismo es la religión de todos los peruanos, esa acta aparece suscrita por un número muy reducido. Sin embargo, se imitará ese ejemplo en otras partes, pero con idéntico resultado.”

Como la única réplica satisfactoria á esta lijera aseveración de *El Nacional* se reducía á publicar los nombres de los que firmasen la protesta, nos abstuimos de decir una palabra hasta no tener copia auténtica de los firmantes.

La hemos obtenido ya; más de quinientas personas han firmado, la protesta de Arequipa contra la invasión de Roma.

Y no diga *El Nacional* que su apreciación fue justa, porque la protesta solo aparecía firmada por los

miembros del Consejo Departamental de la Sociedad católica, pues no ha debido ignorar que dichos señores solo encabezaban la suscripción de ese documento, como lo dijimos expresamente en nuestro editorial del jueves 23 de febrero, que *El Nacional* leyó, pues así lo manifiesta el haber dado cuenta de su contenido, en su número del 24.

Por otra parte, era fácil comprender que, cuando apenas hubo tiempo de que el vapor trajese los primeros ejemplares de la protesta, como se infiere de su fecha, no era dable que apareciese suscrita más que por los que habían concebido é iniciado tan saludable proyecto.

Aunque tarde, hemos creído conveniente rectificar el juicio tan ligero como infundado que hizo *El Nacional*, para quitar su valor á la protesta de los católicos de Arequipa. Que tal fuese su intención, lo revela bien claro el contraste que maliciosamente formó entre el hecho de ser el Catolicismo la Religión de todos los peruanos y el de ser tan pequeño el número de los que firmaban la protesta.

No nos parece que se sirve bien causa ninguna, ya que todas pretenden el honor de verdaderas y de justas, despreciando intencionalmente el valor y trascendencia de los hechos que no le son favorables.

Quitar al adversario su importancia ha sido siempre muestra de debilidad ó sin razón.

Creemos que *El Nacional*, encontrando fundadas nuestras observaciones, se abstendrá en lo sucesivo de incurrir en tales ligerezas, que pueden perdonarse en el hombre vulgar, pero que son punibles en el escritor público.



El testamento del Hombre-Dios

JERUSALÉN, la ciudad de las antiguas promesas, la depositaria feliz de los grandes misterios de la ley escrita; Jerusalén, la reina de las ciudades, la que ha visto realizarse en el recinto de sus muros, grandes acontecimientos, la madre de los profetas, el arca misteriosa en que se guarda la ley santa del Señor, la tierra bendita, santificada por los holocaustos y por los sacrificios; por último, la gloriosa metrópoli del pueblo judío, se encuentra hoy turbada y conmovida: algún acontecimiento grandioso se realiza en su seno; aun no se han extinguido completamente los rumores con que hace poco aclamaba la entrada de Jesús, el *hosanna* resuena todavía en sus calles, como el eco lejano de una tempestad que huye; las madres cuentan á sus hijos los más pequeños detalles de esta fiesta nacional, y los árboles que se hallan en el camino, por donde atravesó Jesús montado sobre una humilde jumentilla, ostentan aun los trofeos de su triunfo, y sin embargo, el recinto de la ciudad presenta un aspecto singular; en sus largas calles, especialmente en aquellas que conducen á la puerta judiciaria, se nota un movimiento extraño, el pueblo se agolpa hacia esta parte, como impulsado por un poder sobrenatural; el tumulto de esta vía contrasta singularmente con el pavoroso silencio del resto de la ciudad.